

## Doctrina mística del V. P. L. de La Puente.

---

Quieren ser estas páginas, al mismo tiempo que un homenaje al autor de las *Meditaciones de los misterios de nuestra santa Fe* en el tercer centenario de su muerte (16 de Febrero de 1624), una contribución al esclarecimiento de las varias cuestiones acerca de Mística que se han agitado en estos últimos años y se habrán de agitar todavía durante algunos más, entre escritores religiosos de muy diversas procedencias.

Un índice de las más importantes entre esas cuestiones propuso y examinó en España, hace ya bastantes años, el sabio P. Arintero, de la Orden de Predicadores, primero en las páginas de *La Ciencia Tomista*, y luego en libro aparte, publicado en 1916, y reeditado en 1920 (1).

Las cuestiones propuestas son:

»1.<sup>a</sup> Si es deseable la contemplación sobrenatural, o sea la vida mística.

»2.<sup>a</sup> Si es realmente asequible a todos, y si a todos se ofrece como verdadero complemento de la vida cristiana.

»3.<sup>a</sup> Por qué son tan pocos los que la alcanzan y cómo podremos disponernos para alcanzarla y hacer que no se malogre en nosotros, sino que llegue a su debido desarrollo.

»4.<sup>a</sup> Si es necesaria e indispensable para lograr la plena perfección a que somos llamados, o si, por el contrario, esta perfección puede lograrse con una vida puramente ascética. En otros términos: si hay, como suponen Scaramelli y Ribet, dos vías completamente distintas para llegar a la verdadera santidad: la «ordinaria» o ascética y la «extraordinaria» o mística, o si más bien aquélla se ordena toda a ésta, como a *única vía perfecta*, la cual, por tanto, lejos de ser *extraordinaria*, es ordinaria y común en todos los Santos, o sea en todos los cristianos perfectos, ya que no en la generalidad de las medianías, o sea de los que pasan por ordinarios.

---

(1) *Cuestiones místicas, o sea, las alturas de la contemplación accesibles a todos*. Segunda edición corregida y aumentada, en 8.º, 612 páginas, Salamanca, Calatrava, 1920.

»5.<sup>a</sup> Si estas vías —o mejor dicho, *vidas*— están bien deslindadas y del todo separadas, o por el contrario, más o menos unidas y compenetradas, de modo que de lo característico de la una a lo de la otra, se pase de un modo gradual e insensible.

»6.<sup>a</sup> Cuál sea el verdadero constitutivo y lo característico de una y otra vía.

»7.<sup>a</sup> Cuáles sean las principales fases y los más ordinarios fenómenos de la vida mística.»

Alrededor de estas cuestiones, formuladas en los términos que emplea el P. Arinterro, o en otros parecidos, se desarrolla desde hace años, como es sabido, reñida controversia.

Tres grupos principales descubre hoy en el palenque el P. J.-V. Bainvel, S. J. (1), aunque advirtiendo que sólo se trata de una clasificación provisional: el grupo *teresiano*, del que considera como adalid al Padre Poulain; el *ascético-místico*, capitaneado por M. Soudreau; y el *dominicano*, representado principalmente por el P. Arinterro en España, y por el P. Garrigou-Lagrange en Francia.

En la *Revista de Ascética y de Mística*, una de las más importantes que hoy tratan de estas cuestiones, el P. José de Guibert, S. J., su fundador y director, caracteriza en pocas palabras la tendencia de cada uno de estos grupos, o mejor, de los que se consideran como sus adalides. Lo hace precisamente al examinar, con la atención debida, las *Cuestiones místicas*, del P. Arinterro, cuya importancia pone de relieve y cuyo mérito ensalza grandemente (2).

A juicio del P. Guibert, la cuestión real que divide a los autores, «lo que de una manera más o menos consciente y más o menos clara se pregunta es lo siguiente: 1.º Entre las oraciones sobrenaturales de unión mística, descrita por Santa Teresa y la oración más o menos discursiva o simplificada de la vida espiritual común, ¿media sólo una diferencia de grado, o hay una diferencia de especie? 2.º Esas dos clases de oración, ¿están situadas en la misma línea del progreso espiritual, o existe una bifurcación de donde arrancan dos caminos distintos, que pueden progresar indefinidamente hacia Dios, el primero señalado por las gracias de oración que describe Santa Teresa en las Moradas 5.<sup>a</sup>, 6.<sup>a</sup> y 7.<sup>a</sup>, y el segundo sin esas gracias de oración?»

---

(1) En la *Introducción* a la edición décima de la obra del P. Aug. Poulain, S. J., *Des graces d'oraison*, París, 1922.

(2) *Revue d'Ascétique et de Mystique*, 1821, págs. 178-187.

Por la respuesta que dan a estas dos preguntas se puede clasificar a los principales autores que hoy escriben de Mística. «El P. Arintero responde claramente a la segunda pregunta negando toda bifurcación en el camino espiritual. Respecto de la primera, si no le entiendo mal, dice el P. Guibert, distinguiría; a su juicio, entre los dos modos de obrar de la vida espiritual, modo humano o ascético, y modo divino, sobrehumano, o místico, hay una diferencia más que de grado; pero, aun en los principiantes, las verdaderas consolaciones espirituales, visitas e inspiraciones de Dios son ya actos místicos, que guardan continuidad con los dones más altos de la unión transformante y de la percepción sobrenatural de Dios.—El P. Poulain, por su parte, decía también que hay más que diferencia de grado; pero esa diferencia no la ponía él tan pronto, sino donde hacía comenzar la percepción sobrenatural de Dios; y sostenía claramente la posibilidad de una santidad verdadera fuera de los caminos místicos.—M. Saudreau diría, a lo que creo,—prosigue el P. Guibert—que los dones de «conocimiento angélico» y de «percepción sobrenatural de Dios», no son necesarios para la santidad, ni se ofrecen a todos; pero añadiría en seguida que la percepción inmediata de Dios es imposible fuera de la visión beatífica; que todas esas gracias, como las visiones, los estigmas, etc., son ajenas a lo que constituye la esencia del estado místico, caracterizado por la unión con Dios, producida pasivamente por los dones del Espíritu Santo, y que a esta unión, como lo dice también el P. Arintero, son llamadas todas las almas» (1).

Con más precisión todavía, y con gran delicadeza de análisis, examina el P. Guibert la cuestión capital de este debate en el número último de la *Revista de Ascética y de Mística*, Enero de 1924, a saber: ¿Qué relación hay entre el desarrollo del ejercicio de los dones del Espíritu Santo y el de la contemplación infusa en las almas?

Un argumento no se toca ni se podía tocar debidamente en ese trabajo: el de la autoridad de la tradición. «Precisamente, advierte el articulista, esta autoridad es la que con el tiempo podrá resolver definitivamente la cuestión; mas para eso, no basta amontonar cien o doscientas páginas de textos, de los cuales muchos no son decisivos, y otros tienen un sentido exacto que requiere muchas distinciones. Es necesario emprender antes una serie de investigaciones metódicas, en que

---

(1) R. A. M., 1921, pág. 185 y 186.

hasta la fecha se ha hecho bien poco». Una y otra vez, con insistencia infatigable se hace en las páginas de la *Revista de Ascética y de Mística* esta recomendación.

Pues bien: una contribución a esta serie de investigaciones, quieren ser estas páginas; en ellas se expondrán plenamente y con toda escrupulosidad las doctrinas que acerca de las cuestiones místicas hoy más debatidas, profesó y enseñó el V. P. Luis de la Puente (1).

Es claro que en su tiempo no se habían planteado todos esos problemas tan en concreto. Por lo mismo, la terminología no necesitaba ser entonces tan precisa como ahora. Una y otra observación habrá que tenerla muy presente, al examinar e interpretar las palabras del Venerable. Habrá que mirar muy bien cómo entiende él en cada caso particular los términos «mística», «contemplación», «vida contemplativa», «unión con Dios»; qué entiende por oración «ordinaria» y por «extraordinaria»; qué oficio atribuye en la vida interior a los dones del Espíritu Santo; en qué sentido dice o no dice que la contemplación está al alcance de todos, o que es necesaria o no para la santidad, o que todos somos o no somos llamados a ella.

\* \* \*

Desgraciadamente, hoy mismo, el no haber precisado bien los términos de las cuestiones ha contribuido, tal vez más que nada, a embrollarlas; desde luego ha hecho que el examen de textos no sea lo escrupuloso y eficaz que debiera haber sido. Quisiera por mi parte esquivar tales escollos. Para mejor lograrlo, y para que los lectores,

---

(1) No es mucha la parte que en la discusión y estudio de estas cuestiones han tomado hasta la fecha los jesuitas españoles. He aquí, sin embargo, algunos trabajos interesantes:

MANUEL GARATE.—*Un punto de teología mística. Sobre la oración de recogimiento*. Razón y Fe, t. 18, págs. 59-64; t. 19, págs. 71-79; t. 20, págs. 185-192; t. 21, págs. 318-328.

PABLO VILLADA.—*La contemplación en el plan divino*. Razón y Fe t. 50, págs. 18-27. *¿Es necesaria la contemplación mística para la perfección cristiana?* t. 53, págs. 37-48; 172-182. *¿Se puede desear la contemplación? Su constitutivo*, t. 53, págs. 413-432. *Algunas cuestiones de nombre: La contemplación adquirida*, t. 54, págs. 198-214.

JERÓNIMO SEISDEDOS.—*La esencia de la contemplación mística. Breve réplica a M. Saudreau*. Razón y Fe, t. 39, págs. 173-184.—El P. Seisdedos es autor de la importante obra *Principios fundamentales de la Mística*, 5 tomos en 8.º menor, de 291, 421, 639, 338 y 424 páginas.

El P. NAZARIO PÉREZ, colaborador ordinario de la revista *La vida sobrenatural*, que dirige el P. Arintero, ha publicado en ella varios trabajos interesantes.

por sí, puedan hacer el análisis de los textos del P. La Puente con la debida orientación y uniformidad, no será fuera de propósito estampar aquí las definiciones *nominales* que el P. Guibert, con general aceptación, ha propuesto para las palabras «contemplación», «contemplación adquirida» e «infusa», medio «ordinario» y «extraordinario» en el camino de la santidad, llamamiento «remoto» o «próximo», «suficiente» o «eficaz».

La *oración contemplativa* en general, según esas definiciones, es una oración mental en la que nuestra alma se eleva o es elevada y unida a Dios por una vista sencilla del entendimiento y una sencilla adhesión de la voluntad, sin razonamientos ni multiplicación de actos distintos. La *oración discursiva* (o meditación), al contrario, lleva consigo razonamientos y actos múltiples de la inteligencia y de la voluntad, aun en la oración afectiva, en la cual los actos de la inteligencia se reducen y simplifican, pero persiste la multiplicación de afectos y de propósitos.

La contemplación se llamará *adquirida*, si la simplificación de los actos intelectuales y afectivos resulta, por el solo ejercicio de las leyes psicológicas, de los actos precedentes puestos por nuestra inteligencia y nuestra voluntad elevadas por la gracia. Será por el contrario *infusa*, si esta simplificación resulta de una acción divina en el alma, que sobrepuja y, tal vez, aun contraría el resultado que hubieran producido las leyes psicológicas actualmente en ejercicio.

Medio *ordinario*, y más generalmente *ordinario* en el camino de la santificación es toda gracia, frecuente o no, que de hecho es absolutamente necesaria en el orden actual de la Providencia, para llegar a un grado cualquiera de santidad. Y al revés, *extraordinario* es toda gracia sin la cual las almas (pocas o muchas, poco importa) pueden de hecho llegar a la más alta santidad.

Llamamiento (interior) *remoto*: «Si la gracia habitual y los dones [del Espíritu Santo] que poseen todos los justos no alcanzan la plenitud de su desarrollo normal, sino en la vida mística propiamente dicha, entonces todos los justos son llamados a ella con un llamamiento remoto.» Así el P. Garrigou-Lagrange, citado por el P. Guibert, quien para tal llamamiento propone la denominación de *objetivo*, por resultar del orden mismo de las cosas, sin suponer ningún llamamiento percibido subjetivamente bajo la forma de gracia, de ilustración o atracción. El término «llamamiento interior remoto» se reservaría entonces para los primeros movimientos de una gracia, que, si el alma es fiel, la hará merecer *de congruo* nuevos auxilios más abundantes, los cuales la conducirán poco a poco hasta oír el *llamamiento interior próximo*, es decir, hasta advertir, en las gracias recibidas, los signos tradicionales del llamamiento actual a entrar por el camino de la contemplación.

Este llamamiento interior próximo será *eficaz*, si Dios le hace oír al alma de tal manera, escoge para ella una gracia tal, que infaliblemente el alma corresponderá. Será *sólo suficiente*, si la gracia escogida y concedida por Dios es tal, que con su auxilio puede el alma

responder al llamamiento, pero de hecho infaliblemente no responderá (1).

\* \* \*

Las enseñanzas del P. La Puente en materias místicas tienen el doble valor de ser de un gran místico y de un gran teólogo. Si del Padre Suárez dijo con verdad el P. Manuel de la Reguera que fué varón «no menos místico que escolástico»; del P. La Puente se debe decir que fué «no menos escolástico que místico».

Entre los muchos testimonios de los contemporáneos que para probarlo se pudieran citar, bastará por todos el del P. Fernando de la Bastida, mantenedor insigne de la doctrina de la Compañía de Jesús en las Congregaciones de *Auxiliis*. Salido ya el desgraciado de nuestra Orden, y siendo Magistral de la Catedral de Valladolid y Catedrático de Teología en la Universidad, dió en los Procesos ordinarios de 1629 el siguiente testimonio: «A la séptima pregunta dijo este testigo que el dicho Venerable P. Luis de la Puente había sido persona de muy grande ingenio y de muy lucidas letras; y esto lo sabe este testigo por haber visto lecturas suyas, y comunicado mucho con él en estas materias, y vístole hacer oficio de prefecto de estudios de Artes y Theología, con tanta exacción y tan actuado en todas las materias y cuestiones, como si actualmente estuviera leyéndolas.»

No es necesario oír más para saber que, en efecto, el P. La Puente era en Teología un gran escolástico. Lo que sí conviene añadir es que en las cuestiones místicas, o de simple devoción, procuraba aplicar el rigor y exactitud de la Escolástica. Un ejemplo bien significativo nos ha quedado en el áureo librito de sus *Sentimientos*.

---

(1) Propuso estas definiciones el P. Guibert en R. A. M., 1922, páginas 162-179, y las reprodujo en parte en 1924, págs. 5 y 6. Del término «extraordinario» y «ordinario» había dado una definición parecida el P. Arintero en las *Cuestiones místicas*, Preámbulo III, y antes ya en la *Evolución mística*. De las acepciones propuestas para la oración contemplativa en general y para la contemplación infusa, dice el P. Guibert que no parece hayan levantado contradicción entre aquellos a quienes más interesan. ¿Hallarán algunos de mis lectores dificultad en la exclusión absoluta de actos *varios* del entendimiento y sobre todo de la voluntad? ¿No bastaría que los actos del entendimiento no fueran *deductivos*, aunque fueran *varios*? Y un acto mismo del entendimiento, ¿no podría ir acompañado de actos varios de la voluntad, sin que la oración dejara de ser contemplativa? Veremos lo que dan los testimonios de los teólogos y de los místicos. Desde luego en *Suárez, De oratione*, l. II, c. X, me parece hallar algo de lo apuntado en estas preguntas, sobre todo en el n. 13.

«Muchas veces—escribe—he leído en Bloasio encomendar que ofrezcamos nuestras obras a Dios, in unione meritorum Jesu Christi Domini nostri; mi pobreza, in unione paupertatis Christi; mi obra de obediencia, in unione obedientiae Christi; mis trabajos, in unione laborum et dolorum Christi, et sic de aliis; scilicet: ofrecer mis obras a Dios unidas e incorporadas con las semejantes que hizo Cristo nuestro Señor por mí. Y dice [Bloasio] que de esta oblación y unión reciben nuestras obras grande valor, y son muy aceptas a Dios. Y en el libro de Santa Geltrudis he leído muchas revelaciones que le hizo Dios nuestro Señor de lo mismo.

»Y deseando saber *cómo en rigor teológico tenga esta verdad*, para ejercitarme en esta oblación y modo de referir mis obras, se me ofreció que Dios nuestro Señor, por los méritos de Jesucristo aplicados por este acto de ofrecimiento, concede alguna particular ayuda o moción, o inspiración, o devoción; con la cual va la obra mejor hecha, y así es más acepta que si no precediera aquella oblación. Y la causa es, porque este acto es muy agradable a Dios; porque en él confesamos ser Cristo nuestro Señor nuestra cabeza, y principio de todo nuestro bien, y nuestro medianero; y pedimos cum obsecratione, alegando sus méritos como títulos para ser oídos. Y así como es a Dios más acepta esta oración: Peto hoc per Jesum Christum Filium tuum, que no si fuese simple petición; sic in proposito. Luego, per modum impetrationis, alcanza mucho este modo de ofrecer a Dios mis obras.» (1)

Prescíndase de la justeza y profundidad del raciocinio—hasta el último porqué—y repárese tan sólo en la tendencia, en el empeño de *saber cómo en rigor teológico tenga verdad* un sentimiento o una recomendación piadosa.

Otra condición del P. La Puente se descubre en el pasaje citado, que hace muy estimable su testimonio en materias místicas: el conocimiento familiar de autores devotos, tales como Bloasio y Santa Gertrudis.

Con él y antes que él se ha de tomar en cuenta su conocimiento y estudio de los grandes Teólogos, de los Padres antiguos y de la Sagrada Escritura. Pruebas elocuentes de ese conocimiento son las pá-

---

(1) Cito y citaré por el original del librito de los *Sentimientos*, del cual, por desgracia, no tenemos una edición bien hecha. Por excepción he puesto en bastardilla las palabras que hacen al propósito de lo que se quiere probar. Ordinariamente no lo haré así con los textos latinos sino cuando, y en aquellas palabras que el mismo Padre subraya.—Para comodidad, de los lectores, indicaré las páginas donde se hallan los fragmentos citados en la edición del P. E. Reyero, *Obras espirituales póstumas del V. P. Luis de la Puente*, Valladolid, Cuesta, 1917.

ginas todas de sus libros; y no es para olvidado o pasado por alto el hecho de que el asceta y el místico procede, en ese aprovechamiento continuo que hace de las fuentes de la Teología católica, por método y con plena reflexión. Léanse a este propósito las declaraciones que estampa al frente de sus inmortales *Meditaciones*, y que por andar en manos de todos excuso citar aquí.

Escritura, Patrística, Teología escolástica, Teología mística, Tratados ascéticos y devotos: todo lo ha puesto a contribución en sus obras el P. La Puente, no diremos que con la perfección de un especialista en todos esos ramos, pero sí con una suficiencia y una plenitud nada vulgares.

Muchos recordarán aquí su tendencia excesiva a las interpretaciones alegóricas; pero ha de tenerse en cuenta: 1.º, que ya él las da como tales, y 2.º, que no se ve inconveniente ninguno en que el Señor, acomodándose a ese procedimiento, le diera a sentir la verdad de que se trata, aunque no sea precisamente eso lo que dicen las palabras de la Sagrada Escritura. Pero conviene añadir, que, si el P. La Puente no asistió, que sepamos, a un curso especial de Sagrada Escritura; por lo menos en el año de 1581 a 1582, en que con título de «Maestro de estudiantes» terminaba en Salamanca el bienio empezado en Oñate, y acaso en otras ocasiones, debió de aprovechar el trato del célebre P. Francisco de Ribera, cuyo panegírico hace en la Vida del P. Baltasar Alvarez, para perfeccionarse en el estudio de la Sagrada Escritura, de la que dice él que es «de tanta importancia para ser los estudiantes consumados en la Teología...»

Con esta preparación científica se junta en el P. La Puente la preparación de la santidad, importantísima a todas luces, cuando se trata de escribir sobre cosas tan santas como los misterios que el Espíritu Santo obra en lo más íntimo de las almas.

Sabido es que en 1579, la Iglesia con su autoridad indiscutible declaró constar que el P. Luis de la Puente había ejercitado en grado heroico todas las virtudes, teologales, cardinales y morales.

Añadamos que con la santidad juntó experiencia extraordinaria de las gracias místicas, en sí y en otras muchas almas. Bastará mencionar aquí a D.<sup>a</sup> Marina de Escobar, cuyo confesor y director fué muchos años, y cuya biografía dejó en buena parte ordenada. Pero recuérdese también que, durante no pocos años, fué el santo varón Maestro de novicios e Instructor de tercera probación en Villagarcía



y en Medina del Campo, Prefecto de las cosas espirituales en los Colegios de Salamanca y Valladolid, confesor y director de muchas almas admirables que abundaban a fines del siglo XVI y principios del XVII, y consultor nato de los casos más extraordinarios que en materia de espíritu ocurrieron por entonces en España.

Réstanos averiguar lo que por experiencia propia alcanzó el Padre en materia de ciencia mística. Él mismo lo consignó, parcialmente a lo menos, en el inestimable librito de sus *Sentimientos y Avisos espirituales*; y con las citas de ese libro, podemos decir que empezamos la exposición de la doctrina mística del V. P. Luis de La Puente.

\* \* \*

No consta a punto fijo cuándo empezó el siervo de Dios la redacción de esa que él titula *Memoria de algunas verdades, sentimientos o afectos que he tenido en la oración en diversos tiempos*. Lo que sí parece poderse asegurar, y esto acaso importa más a nuestro propósito, es, que los primeros sentimientos en ella consignados—escribiéranse cuando se escribieran—los tuvo el Venerable en el año de Tercera Probación, que hizo de 1579 a 1580 bajo la dirección del P. Baltasar Alvarez; circunstancia esta última, del magisterio de varón tan experimentado en la ciencia mística, no despreciable para aquilatar el valor del testimonio del discípulo.

Una de las cosas que más recomendaba el P. Baltasar a sus discípulos del año de tercera probación era el desprecio varonil de la honra vana, hablándoles a menudo y con gran fervor de los que él llamaba los tres perpetuos compañeros de Jesucristo: la pobreza, el desprecio y el dolor.

«Y algunas veces, dice a la letra el P. Luis, le oí hablar a solas destos tres compañeros de Jesús, con tanto sentimiento y fervor de espíritu, que me dejaba admirado y encendido, y con deseo de imitar el fervor y cuidado con que él abrazaba esta santa compañía, para imitar a su Maestro.—Y pienso cierto que, por sus oraciones, me hizo nuestro Señor merced *entonces* de darme un desengaño en esta materia. Porque, meditando yo en estas mismas tres cosas, y sintiendo tan grande dificultad en amar las deshonras y gustar de los desprecios, que me parecía casi imposible, atenta mi gran flaqueza, un día que estaba en oración delante del Santísimo Sacramento, sentí de repente un rayo de luz que pasó como un relámpago, y me mostró ser muy posible amar el menosprecio y la deshonra, con las veras y ganas que los

*mundanos aman la honra; y me alentó a pretenderlo, con esperanza de alcanzarlo» (1).*

Paréceme indudable que el momento que en estas palabras se pinta es el mismo que reflejan las páginas primeras de los *Sentimientos*. Bastará confrontar situación con situación y palabras con palabras; y es de importancia haber determinado esa identidad, porque con eso hemos determinado la fecha en que comienzan las experiencias místicas del V. P. Luis de La Puente. Era, según lo dicho, en 1580; no tenía cumplidos aún los veintiséis años; hacia su tercera probación bajo el magisterio del P. Baltasar Alvarez, terminados sus estudios de Teología, y recién ordenado de sacerdote. Años adelante, tal vez en el mismo Colegio de Villagarcía, Maestro a su vez de novicios e Instructor de tercera probación, consignaba esas y otras experiencias divinas por estas palabras:

«Los primeros fervientes deseos que sentí por muchos días, eran de la luz del cielo; porque desta entendí proceder todos los bienes. Y entendía por luz, un conocimiento que Dios da, que de tal manera desengaña al entendimiento, que trueca la voluntad...

»Estos deseos engendraron en mí dos buenos efectos: Primero de obediencia, porque entendí que esta luz la da Dios a los amigos, que son los obedientes, como dice Job della: Annuntiat de ea amico suo...

»El otro efecto fué grande afición a la humildad, porque entendí que daba Dios esta luz a los humildes: Intellectum dat parvulis...

»Parecíame casi imposible llegar yo a tal estado, que yo me tuviese en poco, y gustase de que no se hiciese caso de mí, ni me encomendasen oficios honrosos. Un día, dicha misa, vinome una luz a modo de relámpago, por la cual se me descubrió que era posible llegar a tal grado de humildad. Quedé muy contento, y con esperanza de que el que me mostró ser aquello posible, me lo concedería, y así creció el deseo desto» (2).

¿No es éste el caso mismo que se nos cuenta en la *Vida del Padre Baltasar Alvarez*, como ocurrido en el año de tercera probación? Ahora bien, en este caso referido en los *Sentimientos*, ¿se trata de una comunicación mística? Esa luz a modo de relámpago, tal como el Padre la describe, ¿es un modo de contemplación infusa? Oigamos lo que acerca de ella sigue diciéndonos el siervo de Dios:

---

(1) Cap. XLVIII.

(2) *Obras póstumas*, págs. 35-37. He subrayado las palabras paralelas a las de la *Vida del P. Baltasar Álvarez*.

«Otro día, en la oración, tuve otra luz pequeña, como relámpago, en la cual me pareció que yo era como un instrumento de Dios en las obras que hacía (salva libertate hominis). De modo que, como el instrumento, de suyo, ni se mueve, ni puede mover, ni hacer obra alguna; así yo, de mío, soy nada, puedo nada, valgo nada. Si Dios toma en sus manos mis potencias, obraré bien; si él me deja, no haré sino bofonías».

»En este ejercicio del propio conocimiento anduve más de seis meses, teniendo varios sentimientos con muchas comparaciones...» la de la segur, la del pincel o pluma, la del niño que anda en manos de su madre. «Y casi experimentaba en mí esta poquedad y dependencia con un modo particular».

»De aquí sacaba varios afectos: primero de amor de Dios, porque con una lucecita vi mirando... ser de mío nada, y alzando los ojos a ver que todo el bien que tenía era de Dios, con esto se arrebató el corazón a amarlo (1); y aquí se me descubrió cómo la humildad y conocimiento de sí es principio del amor de Dios» (2).

Veamos ya el análisis que de las propiedades de esta luz misteriosa hace el P. La Puente.

«Esta luz de que he dicho, tiene, a mi parecer, estas propiedades:

»Primera, que viene de repente, cuando uno está más descuidado, y en varios tiempos y ejercicios.

»Segunda, que viene como relámpago, que [en] un momento muestra mucho, y sin discurso persuade grandemente lo que muestra. Va diferencia de ésta a la natural, como de escribir con pluma, letra por letra, o pintar una imagen con pincel, poco a poco, a hacer esto estampándolo con algún molde, que en un momento se escribe más y mejor, y se estampa más presto la imagen que desotra manera.

»Tercera: inflama la voluntad con amor de la verdad que muestra.

»Y aunque la fuerza desto dura poco, quedan en el entendimiento reliquias, y una viveza para nuevos discursos y meditaciones que traen por todo el día y días como suspensos; especialmente comparaciones, así de la Escritura como de cosas sensibles, a modo de las que he referido.—Esto hallé después en San Bernardo, sermón 40 in Cantica in illud: Murenulas aureas, etc.» (3).

La cita de San Bernardo es aquí decisiva para saber que, en opinión del P. La Puente, esa luz del cielo de que nos habla en su Memoria, es una luz mística, una gracia de contemplación infusa. En la edición de Migne (P. L., t. 183, c. 985-987), el pasaje citado se expone no en el sermón 40, sino en el 41. La esposa desea ver al Amado;

(1) Redacción corregida y confusa en el original.

(2) *Obras póstumas*, págs. 37 y 38.

(3) *Obras póstumas*, pág. 39.

pero no ha llegado ese tiempo todavía; y supone San Bernardo que son los Angeles los que la consuelan con aquellas palabras: «Murenulas aureas faciemus tibi, vermiculatas argento».

«Tu, inquit, o sponsa, intuendae dilecti inhias claritati; sed hoc alterius temporis est. Damus autem in praesentiarum ornamenta auribus tuis, quod erit tibi interim consolatio, erit et praeparatio ad hoc ipsum quod postulas...» Y explicando qué ornamentos son esos y en qué consiste ese consuelo, prosigue el Santo a nuestro propósito: «Advertendum cujusmodi ei murenulas offerunt: *Aureas*, inquit, *et vermiculatas argento*. Aurum, divinitatis est fulgor; aurum, sapientia quae desursum est. Hoc auro fulgentia quaedam quasi veritatis signacula spondent se figuraturos hi, quibus id ministerii est, superni aurifices, atque internis animae auribus inserturos. Quod ego non puto esse aliud quam texere spirituales quasdam similitudines, et in ipsis purissima divinae sapientiae sensa, animae contemplantis conspectibus importare, ut videat saltem per speculum in aenigmate quod nondum facie ad faciem valet ullatenus intueri.—Divina sunt, et nisi expertis prorsus incognita quae effamur; quomodo videlicet in hoc mortali corpore, fide adhuc habente statum, et necdum propalata perspicui substantia luminis, jam tamen purae interdum contemplatio veritatis partes suas agere intra nos vel ex parte praesumit; ita ut liceat usurpare etiam alicui nostrum, cui hoc datum desuper fuerit, illud Apostoli: Nunc cognosco ex parte; item: Ex parte cognoscimus, et ex parte prophetamus (1 Cor. XIII, 12, 9).—Cum autem divinius aliquid raptim et veluti in velocitate corusci luminis interluxerit menti spiritu excedenti; sive ad temperamentum nimii splendoris, sive ad doctrinae usum, continuo, nescio unde, adsunt imaginariae quaedam rerum inferiorum similitudines, infusus divinitus sensibus convenienter accommodatae, quibus quodam modo adumbratus purissimus ille ac splendidissimus veritatis radius, et ipsi animae tolerabilior fiat, et quibus communicare illum voluerit capabilior. Existimo tamen ipsas formari in nobis sanctorum suggestionibus angelorum, sicut e contrario, contrarias et malas ingeri immisiones per angelos malos non dubium est».

Dos cosas distingue aquí San Bernardo en las comunicaciones divinas, y las dos parece haber reconocido el P. La Puente en los sentimientos espirituales que acaba de consignar: el «fulgor de la divinidad», la «sabiduría que es de arriba»; y con ella «ciertas espirituales semejanzas» en las que «los purísimos sentimientos de esa divina sabiduría» se ofrecen a las miradas del alma que contempla, para que, al menos por espejos, en enigmas, vea lo que todavía cara a cara no puede en modo alguno contemplar: la «contemplación de la verdad pura» aun en el estado de la fe, aquel «conocer en parte» de que habla San Pablo; y al mismo tiempo, «cuando un algo más divino, de

pasada y en la velocidad de un relámpago, se le trasluce a la mente que en espíritu está fuera de sí; como para templar el excesivo resplandor o facilitar el aprovechamiento de la doctrina, al punto se presentan «ciertas imaginarias semejanzas de cosas inferiores», convenientemente acomodadas a los «sentimientos divinamente infundidos». ¿No son éstas las reliquias que en el entendimiento deja esa luz del cielo de que habla el P. La Puente, «especialmente en las comparaciones así de la Escritura como de las cosas sensibles?» Y esa luz a modo de relámpago ¿no es la misma que, según San Bernardo, deja vislumbrar a la mente enajenada un algo más divino, la verdad pura, el fulgor de la divinidad?

\* \* \*

No escribió el P. La Puente sus *Sentimientos* de una vez. La paginación del original, que es toda de su mano, y empieza con el folio 41, salta al 81 desde el 70. Y que con esta misma paginación manejó el autor el precioso cuadernito, se deduce claramente de las referencias, muchas y varias, que de unas páginas a otras hace en las márgenes, sin que en todas ellas se halle citada página ninguna intermedia entre la 70 y 81. Dijérase que esta segunda serie (folio 81 a 115, más dos páginas últimas, sin numerar), tiene en parte, al menos, carácter de aclaración o ampliación de la primera; aunque no faltan adiciones de sentimientos completamente independientes. Pues bien: en el folio 81, primero de la que he llamado segunda serie, hablando de un modo de presencia de Dios que se le había ofrecido considerándole como luz; después de ponderar que Cristo, nuestro sol, aunque encubierto en la Eucaristía con la nube de las especies, no deja de enviar rayos —«¡oh, qué rayos, oh, qué centellas!—» al breve hemisferio del hombre, cuando está dentro de él; aprovecha la ocasión para distinguir así las diversas clases de luz que intervienen en la vida del alma:

«Tres géneros hay de lumbres: natural, de fe y de ciencia adquirida. Estas permanecen, y usamos de ellas cuando queremos. ¡Ay de mí, si soy rebelde! *Ipsi rebelles fuerunt lumini*.

«Porque los sabios resistieron a la primera, fueron desamparados de Dios, como dice San Pablo. Pues, ¿qué será de mí, si resisto a la segunda y tercera?

«Por eso falta la cuarta, o viene de tarde en tarde, o viene muy remisa; porque, si es grande, trueca el corazón. Es a modo de relámpago; no la tengo a mi mandar: *Illuxerunt coruscationes tuæ orbi terræ; vidit et commota est terra*».

Y añade, pintándonos sin duda un estado de su alma más avanzado que el que pinta en las primeras páginas.

«Es cosa que admira, que siendo el alma de suyo noche y tinieblas, a temporadas arde tanto en amor de Dios, que es como noche de verano en tiempo de mucho calor, en la cual hay tantos relámpagos, y tan grandes, y tan a menudo, que parece día. Así en ella hay tantas de estas ilustraciones e inspiraciones, que parece estar llena de luz. Et nox illuminatio mea in deliciis meis. Quia tenebrae non obscurabuntur a te, et nox sicut dies illuminabitur.

«Vienen a todos tiempos: rezando salmos, leyendo libros, estudiando, oyendo sermones, haciendo obras de manos, comiendo, andando, etc. Y en particular, al despertar a la mañana, parece que está Dios esperando a que despierte el alma para enllenarla de afectos y sentimientos.

«A veces esta luz viene enseñando alguna verdad, o de la Sagrada Escritura, o otra que no se había entendido, aunque se había leído. A veces viene sólo con moción, o con admiración grande, o con júbilos y saltos de placer, o con gusto sosegado, o con lágrimas dulces» (1).

Esa luz distinta de la natural de la razón, de la sobrenatural de la fe, y de la adquirida mediante el ejercicio de la razón alumbrada por la fe; más rara o más frecuente, más intensa o más remisa, según los tiempos, pero que «no la tenemos a nuestro mandar»; esa luz, origen de tan admirables efectos en el entendimiento y en la voluntad, es indudablemente la luz de la contemplación infusa; y esa y no otra es la que se nos describe en las primeras páginas de los *Sentimientos*, como lo indica entre otros rasgos el muy característico que varias veces se repite de que esa luz viene a modo de relámpago, aunque ya en las primeras páginas como en las últimas citadas se advierte: «Item: esta luz y ponderación, unas veces viene repentinamente como relámpago; otras viene poco a poco; y sin saber cómo, se halla uno en la ponderación y sentimiento.»

Resumiendo en pocas palabras las propiedades verdaderamente características de esta luz del cielo, tendríamos que, según el P. La Puente: 1.º, es distinta de la lumbre natural de la razón, de la sobrenatural de la fe, que permanece y de que usamos cuando queremos con la gracia de Dios que nunca nos falta, y de la adquirida mediante el ejercicio de la razón y de la fe; 2.º, en un momento muestra mu-

---

(1) *Obras póstumas*, págs. 53 y 54.

cho, y *sin discurso* persuade grandemente; mediante ella la verdad se graba en el alma, no trazo por trazo, sino toda de golpe como con un molde; 3.º, inflama la voluntad con amor de la verdad que muestra; 4.º, «no la tenemos a nuestro mandar»; «viene de repente, cuando uno está más descuidado», es decir, independientemente de nuestras industrias, ejercicios y diligencias actuales; aunque, si falta, o viene de tarde en tarde, o viene muy remisa, es porque somos rebeldes a las otras luces de que podemos usar cuando queremos.

Pero este último carácter, dirá alguno, ¿no conviene también a lo que llamamos devoción sensible o accidental, y más generalmente a toda ilustración e inspiración del Espíritu Santo, a toda gracia actual?

Respondamos brevemente a esta pregunta, que la respuesta podrá esclarecer no poco la cuestión de que tratamos. Ya el P. La Puente nos ha dicho que de la lumbre de la razón, de la fe y de la ciencia adquirida «usamos cuando queremos»; valiéndonos sin duda de las ilustraciones e inspiraciones del Espíritu Santo, puesto que se trata de actos sobrenaturales, al menos por lo que toca al uso de la fe. Por consiguiente, esas ilustraciones e inspiraciones del Espíritu Santo están a nuestra disposición, siquiera por vía de impetración y de mérito *de congruo*. En contraposición a esto, el mismo P. La Puente nos dice de esa otra luz del cielo, que «no la tenemos a nuestro mandar». Cuando añade que, si de hecho no viene, o viene tarde, o muy remisa, es porque somos rebeldes a las otras luces, hay que pensar que no contradice la afirmación fundamental; qué sentido puedan tener esas frases, más adelante se verá.—Eso sí: en realidad esa luz del cielo no es sino ilustración e inspiración del Espíritu Santo; pero muy intensa, y sobre todo, sea por lo que sea, con un modo de obrar enteramente distinto del que tienen las ilustraciones e inspiraciones comunes, como lo prueban los demás caracteres apuntados por el P. La Puente.

En cuanto a la devoción sensible, o accidental, si por ella se entiende la suavidad y deleite que precede a los actos deliberados de nuestro entendimiento y voluntad, y no se trata de la primera gracia, que puede considerarse como principio y semilla de toda devoción y, como tal, depende única y exclusivamente de Dios; entonces puede decirse que estamos en el caso precedente; porque al cabo esa suavidad y dulzura que nos inclinan a la oración no vienen a ser sino las ilustraciones e inspiraciones del Espíritu Santo, o algo que las acompaña. «Para obtener esta devoción, dice Suárez, «*poterit interdum*

sancta vita praecedens multum conferre.» Y da la razón: «Nam, licet Deus pro suo arbitrio eam neget vel concedat, et interdum eam det sine praecedenti merito vel dispositione, et aliquando eam tollat sine culpa, ad hominis probationem vel humilitatem, et ut gratiam Dei recognoscat, ut late Cassianus, collat. 4, nihilominus regulariter vel frequenter datur hominibus bene utentibus prioribus gratiis, petendo, desiderando, diligenter Deo sirviendo, et proprios affectus moderando. Nam, licet haec devotio, ut est initium horum piorum actuum et consummatae devotionis, non sit, nec possit esse ab homine; quia tamen non inchoat totam salutem et iustitiam, ut supponimus, potest supponere priores gratias et sancta opera ex illis facta, et ex ea parte potest habere fundamentum in dispositione et merito hominis» (1).

Si por devoción sensible o accidental se entiende la suavidad que acompaña o sigue en la oración a los actos deliberados del entendimiento y de la voluntad, viene aquí la distinción de Santa Teresa entre «contentos» y «gustos»: los contentos los adquirimos nosotros con nuestra meditación y peticiones a Nuestro Señor, y por tanto están en cierto modo en nuestra mano; comienzan en nuestro natural y acaban en Dios; los gustos comienzan en Dios y siéntelos el natural: «parece que se va dilatando y ensanchando todo nuestro interior y produciendo unos bienes que no se pueden decir...» (2). Estos gustos no están en mano del hombre, y éstos son manifiestamente los que producía la luz del cielo en el alma del P. La Puente.

¿Cuáles son los objetos que se nos descubren o se nos pueden descubrir con esa luz?

Oigamos al P. La Puente.

«Esta luz pedía a nuestro Señor para estas cosas, y conocerlas bien: 1.<sup>a</sup>, quién es Dios y sus grandezas, especialmente su presencia en todo lugar; 2.<sup>o</sup>, quién es Cristo y sus riquezas, especialmente su presencia en el Santísimo Sacramento; 3.<sup>o</sup>, quién soy yo, y mis miserias; 4.<sup>o</sup>, quién es el mundo y la vanidad de sus cosas, de la honra, etc.; 5.<sup>o</sup>, quién son las almas y el valor que tienen; 6.<sup>o</sup>, qué bienes hemos recibido de Dios y esperamos recibir; 7.<sup>o</sup>, qué males y castigos podemos temer; 8.<sup>o</sup>, para conocer su voluntad en todas mis obras.

»Y paréceme que nuestro Señor unas veces debe de dar luz para

---

(1) *De oratione*, 1. II, c. VIII, n. 2. Todo el capítulo da mucha luz en esta materia.

(2) *Cuartas Moradas*, c. I y II.



conocer un atributo suyo, otras veces para otro, v. gr., de su omnipotencia, liberalidad, etc. Unas veces da luz para ponderar un misterio de Cristo nuestro Señor, otras veces, para ponderar otro, etc. «Et sic de aliis»: es decir, de los demás puntos indicados.

»Las ocho cosas dichas, concluye el P. La Puente, son cabezas de toda meditación y afectos; y cuanto se puede meditar se reduce a ellas; y de la ponderación de ellas salen todos los afectos de amor, de acción de gracias, alabanza, humildad, obediencia, paciencia, etc.» (1).

«Cabezas de toda *meditación*»; «cuanto se puede *meditar*». ¿Es que, en efecto, a pesar de todo lo dicho, esa luz del cielo que pinta el P. La Puente no es la luz de la contemplación infusa, sino simplemente de la meditación, o a lo más de la oración afectiva y simplificada? ¿Es tal vez que, en sentir del P. La Puente, no todas las materias indicadas en esos ocho puntos son objeto propio de la contemplación?

Sin duda, como dice Suárez, exponiendo a Santo Tomás, la contemplación teológica «solum circa Deum per se primo versatur, et secundario circa res divinas, vel opera aut beneficia Dei, vel effectus, quatenus ad ipsius cognitionem conferunt.»

Por esta razón fundamental, y porque lo verdaderamente característico e importante en la historia y la dirección de las almas es el conocimiento de Dios, alcanzado en la contemplación, justamente este nombre se reserva, como lo hace el P. Poulain, para aquellos estados de alma en que *Dios mismo* y nada más que él (et tout pur) se manifiesta. Pero, miradas las cosas teóricamente, ¿no sería contemplación, y contemplación infusa, el conocimiento de sí mismo y de su nada, que uno tuviera producido por esa luz que el P. La Puente describe? En las mismas páginas que en el librito de los *Sentimientos* consagra el santo varón al conocimiento de su propia indignidad; aquél *sentirse* como un instrumento en las manos de Dios, «como nada, y estar colgado de Dios como el aire lúcido del sol»; y aquello que ya antes se copió: «Y casi experimentaba en mí esta poquedad y dependencia (del niño que anda en manos de madre), de un modo particular»: ¿no dicen un modo de conocimiento de la propia indignidad distinto del discursivo? ¿No entrañan un elemento psicológico completamente nuevo, que el hombre por mucho que se empeñe, no logrará introducir, sin una intervención particular de Dios? ¿Y no es ésa la esencia

(1) *Obras póstumas*, pág. 39.

misma de la contemplación infusa, sea cualquiera el objeto acerca del cual verse el conocimiento así producido? Verdad es, que en ese sentimiento de la propia nada, tal como el P. La Puente le describe, resalta siempre una relación a Dios o a los divinos atributos. Porque, al fin y al cabo, no hay duda que la contemplación, como el mismo P. La Puente muchas veces repite, «tiene por blanco y objeto principal al mismo Dios»; y las demás cosas en tanto son objeto de la contemplación, en cuanto se miran con relación a Dios.

Respecto a la otra observación que hacía nuestro Venerable, de que el Señor «unas veces debe de dar luz para conocer un atributo suyo, otras veces para otro», es prueba bien elocuente lo que de sí propio cuenta por estas palabras:

«Otra vez sentí tanto aborrecimiento de mí y de mis pecados, que deseaba que la divina justicia tomase aquí venganza de mí, castigándome con dolores y desprecios, con tal que no me faltase su misericordia. Quis det ut veniat petitio mea; qui coepit, ipse me conerit, solvat manum suam et succidat me!—Sentía gozarme de los castigos que había hecho la divina justicia, en cuanto en ellos resplandece este atributo de Dios, y sentí gozo de que hubiese purgatorio, y holgárame de que Dios me echara en él, para que me purificara y pagara lo que debía, y después me volviera a vivir con mejoría. Y era este gozo sensible de que hubiese en Dios justicia vindicativa y hubiese purgatorio» (1).

Más generalmente había dicho ya antes a propósito de las palabras *Fiat voluntas tua*: «De aquí se me ofreció también aquel texto de David: Misericordiam et iudicium cantabo tibi, Domine; que con igualdad tengo de cantar y alabar a Dios y gozarme de las obras de su justicia y de su misericordia en mí y en otros» (2).

Y definitivamente en las adiciones de la segunda serie:

«Considerando mis pecados muchos, una vez o más me movieron a este afecto de gozarme de que Dios tuviese justicia vindicativa para castigarlos, y no sola misericordia para perdonarlos sin satisfacción...

»Por aquí se me ofreció cómo los santos [en el cielo] se huelgan de esta justicia: *Laetabitur justus cum viderit vindictam*; y pues son rectos, también se huelgan de que Dios los haya castigado acá; y los del purgatorio se huelgan de que les castigue; y los justos de la tierra similiter...

---

(1) *Obras póstumas*, pág. 43.

(2) *Obras póstumas*, pág. 63.

»Por aquí también entendí lo que decía la esposa de su Dios, que es *totus desiderabilis*... Pues lo que en él parece más agrio y terrible, que es la justicia vindicativa, es amable, cuánto más su bondad, sapiencia, etc.» (1).

Que estos sentimientos de gozo, alegría, amor de la divina justicia no fueran puramente actos de la voluntad racional regida por la fe, sino algo como sensible, un sabor divino de los divinos atributos, lo dan bien a entender, además de otras palabras, éstas que añade a lo copiado:

«En este tiempo no me podía excitar a tener temor de penas: sólo de que Dios no me desamparase me quedaba temor. Y muchas veces solía decir con sentimiento. Non me derelinquas usquequaque (scilicet plus nimio); et illud: A te numquam separari permittas» (2).

\* \* \*

Pero, tal vez, hemos avanzado en la exposición de los sentimientos místicos del P. La Puente más de lo que el orden lógico pedía.

Oigamos ante todo lo que nos cuenta del sentimiento de la presencia de Dios, considerado por casi todos los tratadistas como fundamental en la contemplación infusa.

«Varios modos de presencia de Dios, he experimentado en la oración y fuera de ella.

»Algunas veces parece que vemos a Dios presente, no con luz clara, ni tampoco con solo discurso, sino de un modo particular, que luego siente el alma tener delante de sí o dentro de sí con quien hablar y quien la oye y entiende; y entonces ora y habla con más fuerza y atención. Esta noticia es semejante a la que tiene uno de otro hombre, cuando estando con él se mató la luz y quedó a oscuras: sin verle ni oírle ni sentir movimiento corporal, le siente presente y habla con él, y como quien está con él. Y parece que este es el principio de lo que dice San Dionisio: *Intra in divinam caliginem*; porque se ve a Dios como en niebla.

»De la misma forma acaece reconocer la presencia de Cristo nuestro Señor en el Santísimo Sacramento del altar, con una viveza de sentimiento, que parece que se siente estar allí; y no se ve nada, ni se forma concepto distinto de cosa particular, más que de su presencia. Y aunque este sentimiento dura poco, después queda más viva la fe por lo que ha sentido.»

---

(1) *Obras póstumas*, pág. 43.

(2) *Obras póstumas*, pág. 45.

Delicada y felicísimamente nos describe en otro lugar este sentimiento de la presencia de Jesucristo en la Eucaristía.

«Algunas veces, entrando en la iglesia, sentía mi ánima testimonios de la presencia de este Señor, v. g., un júbilo interior, un regalo y risa del alma, sólo en verse delante de su Dios; de modo que aun el cuerpo se regocijaba; otras veces varios afectos repentinos de amor, de humildad, de alabanza, etc., con lágrimas y ternura de corazón.»

Pero volvamos a los diferentes modos de presencia de Dios que el siervo de Dios nos cuenta haber experimentado.

«Tres modos, de la presencia de Dios en la oración hallo reales y verdaderos y no imaginarios: 1.º mirándole como está en el Santísimo Sacramento: éste sirve para solamente la iglesia. Otro mirando a Dios extendido por todo el mundo y (por) el lugar donde estoy y a mí dentro de él... Y entonces no impide traer los ojos abiertos, ni la luz; y a veces no impide ver criaturas, porque todas se miran dentro de Dios... Otro tercero modo es mirando a Dios nuestro Señor dentro de mí mismo, pues realmente está en mí y en todos por esencia, presencia y potencia. Y entonces, como cuasi sin advertir, se cierran los ojos y recogen todas las potencias al interior, para mirar allí a Dios y hablar con él; y es este modo muy a propósito para la unión con Dios, y para sacar afectos de gozo y confianza, viendo la grandeza que dentro de sí tiene el alma.»

Un paso más, en efecto, y el alma no sólo sentirá la presencia del Amado, sino que sentirá la unión con él. Pero aun sin eso, el solo sentimiento de su presencia es origen de altísima contemplación, según lo pinta el Venerable en las que hemos llamado aclaraciones del Memorial de esta manera:

«El modo de presencia de Dios, estando dentro de él, no le sabía considerar de otra manera que mirando a Dios fuera de mí y que me cercaba todo, y así andaba yo dentro de él; pero este modo no le podía considerar juntamente con considerar a Dios dentro de mí: tenía estos dos modos por imposibles juntamente.

»Después eché de ver que juntamente puede uno considerar a Dios dentro de sí, y a sí mismo dentro de aquel Dios que mira dentro de sí; y que cuando un alma se recoge con especial moción de Dios, cuyo es esto, así como decimos que entra dentro de sí y allí halla a Dios, así también allí entra dentro de Dios. Mejor se conoce cuando se experimenta, que se dice.

»Puesta un alma de esta manera luego halla con quien hablar; no tiene necesidad de discursos, ni aun los puede hacer; todos son coloquios y afectos, mirando la grandeza de Dios, y la vileza propia. Allí clama, allí pide, allí ama, allí se goza, allí se entristece, allí se abo-

rece, allí se anima, allí se aviva para obedecer, para padecer, para dar contento a todos por Dios.

»De esta manera quizá se entiende lo que dicen los Santos que la contemplación es sepulcro del ánima, donde entra y se encierra, muere y sepulta. Y por otra parte dicen que entra dentro de sí misma, y que entra dentro de Dios. Abscondes eos in abscondito faciei tuae, a conturbatione hominum. Y: Esto mihi in Deum protectorem et in domum refugii ut salvum me facias.—Introduxit me in cellam vinariam» (1).

El tono mismo con que de esta oración habla aquí el P. La Puente, las referencias que hace y los textos que cita, indican bien que pretende describir una oración infusa, y muy levantada. Bastaría lo que advierte que a tal modo de presencia de Dios y de oración se recoge el alma «con especial moción de Dios, cuyo es esto». Pero además, en el texto y en el margen emplea abiertamente la palabra «contemplación». No se trata, pues, seguramente de una simple oración afectiva, como alguien pudiera creer. Y esto no obstante, y para esto se han hecho las reflexiones que anteceden, nótese cuán múltiples son los afectos que la voluntad ejercita en esa oración, contra la propensión a la simplificación de actos, lo mismo de la voluntad que del entendimiento, que muchos señalan hoy como uno de los caracteres principales de la contemplación. Pero ¿es que Santa Teresa de Jesús no habla lo mismo que el P. La Puente? ¿O ha de entenderse que todos esos afectos son «reliquias» de la contemplación, efectos de ella, más bien que ella misma? Acaso den alguna luz en este punto las siguientes confidencias que el Padre nos hace:

«Tres géneros de consolaciones espirituales experimento más de ordinario, en la oración y entre día: 1.<sup>o</sup> el sentimiento de la bondad, o misericordia, o sabiduría, o presencia de Dios, o de algún beneficio suyo general o particular, etc. Viene este sentimiento o con admiración, o júbilo, o acción de gracias, o amor, o humillación, o otros afectos semejantes: a veces prorrumpo en actos exteriores de alabanza, etc.; a veces viene esto con una hartura y satisfacción grande por entonces, nacida del afecto de amor o confianza; de modo que algunas veces decía a Dios que me daba por contento del cien doblo que me prometió en esta vida; otras bendecía al día en que conocí a Dios y le comencé a tratar, y me tenía por dichoso en tener tan buen Dios, tan buen Padre, amo, pastor, etc.; otras deseaba que todos conociesen a Dios, etc.

---

(1) *Obras póstumas*, pág. 54.

»Segundo género de consuelos es inteligencia de lugares de la Escritura divina, a propósito de los sentimientos que he tenido; aunque otras veces de la inteligencia del lugar nace el sentimiento, o otro nuevo, o nuevo aumento dél; y este modo de consuelo dura más, con la recordación de aquel lugar y palabra de Dios.

»Tercero género de consuelos es nuevos discursos y ponderaciones de verdades por comparaciones y semejanzas o de cosas que he oído, leído y visto, o que de nuevo se ofrecen, con lo cual se aumenta el sentimiento; y a veces del sentimiento nace el discurso, a veces, al contrario, precede el discurso» (1).

Otro modo de presencia de Dios nos pinta el siervo de Dios, interesante sobre manera, porque en él nos revela el paso del sentimiento de presencia al sentimiento de unión, y de una unión muy soberana.

«Algún tiempo, escribe, sentí consuelo con este modo de presencia de Dios, imaginándome dentro de su omnipotencia, que hinche cielos y tierra, de la cual nace la plenitud de todos los bienes en mí y en todas las criaturas; conforme a lo del salmo: *Introibo in potentias Domini*; Domine, memorabor justitiae tuae solius.»

Y con profundidad de verdadero teólogo explica este modo de presencia y el modo altísimo de unión que en él se puede alcanzar.

«Hay, dice, una omnipotencia por esencia: esta es Dios...

»Otra hay participada con excelencia: está en Cristo nuestro Señor, Dios y hombre...

»Otra hay participada en los justos perfectos, como un San Pablo que dice: *Omnia possum* in eo qui me confortat.

»Toda omnipotencia participada estriba en unión con Dios. Así como la omnipotencia del Hijo y del Espíritu Santo es recibida del Padre por la unión en una esencia; la omnipotencia de Cristo estriba en la unión del Verbo, y la del justo en la unión a Dios por conocimiento y amor perfecto. Como el hierro unido al fuego participa la potencia y actividad del fuego, así el ánima unida con Dios participa la omnipotencia de Dios. Esto tienen los justos que pueden decir con David: *Introibo in potentias Domini*.

«Tres modos hay de entrar en las potencias de Dios: 1.º, por conocimiento especulativo, meditaciones y discursos de entendimiento solamente: es propio de letrados...

«Otro modo hay de entrar por un conocimiento que es más que especulativo y menos que experimental de esta omnipotencia; y es un sentimiento con viva fe de la facilidad con que la omnipotencia de Dios puede entrar dentro de mí y hacer de mis potencias cuanto quiere sin-

---

(1) *Obras póstumas*, págs. 79 y 80.

tiendo con un particular modo lo del Sabio: *Facile est in oculis Dei subito honestare pauperem.*—Nota *subito*, y cuando menos piensa. En este sentimiento está el alma blanda para lo que Dios quisiere, y deseando que venga y la trueque y junte consigo.

«Otro modo hay por experimental conocimiento. Pero parece a mí que es diferente cosa experimentar en sí la omnipotencia de Dios y experimentar la unión con la omnipotencia de Dios. Lo primero es experimentar en sí efectos de esta omnipotencia, como son una repentina quietud de la imaginación y memoria en medio de mil negocios, alguna repentina luz del entendimiento después de muchos engaños y tinieblas; una repentina paz después de grandísima guerra con tentaciones; una mudanza de la voluntad en amar lo que poco antes aborrecía, o aborrecer lo que poco antes amaba, etc. Certamente *dedit illi ut vinceret et ut cognosceret* (scilicet experimentaliter), *quia omnium potentior est sapientia—Et «mirabilis facta est scientia tua ex me.»*

«De esta experiencia se sube a la segunda, que debe de ser innarrable, cuando una alma, sintiendo esta unión con la divina omnipotencia, experimenta una grandeza de ánimo para hacer en Dios cosas heroicas, y para padecer grandísimos trabajos.

«Esta barruntaba el que decía: *Pone me juxta te et cujusvis manus pugnet contra me...* Y esta poseía el que decía: *In Deo meo transgrediar murum*; porque se sentía tan unido con Dios, que le llamaba fortitudo mea. Quien aquí entra puede decir: *Memorabor justitiae tuae solius*; que no quiere pensar ni desear otra cosa que la voluntad de Dios, y para esta tiene magnanimidad y fortaleza de Dios.»

«Este tal es omnipotente por participación en todas sus virtudes: su oración es omnipotente para alcanzar de Dios cuanto le pide; su obediencia es omnipotente para ejecutar cuanto le manda; su paciencia omnipotente para sufrir cuantos trabajos le envía; su caridad, su celo, su fortaleza similiter.» (1).

Magnífico comentario de estos sentimientos son los que más adelante expone sobre la manera de hacer la voluntad de Dios como la hacen los bienaventurados en el cielo, y sobre el modo de copiar en nosotros la manera de obrar de la Divinidad, haciendo las obras buenas «con paz, sin turbación; con amor, sin interés; con magnanimidad, sin presunción». Pero más que la unión misma nos pintan esos sentimientos los frutos soberanos de la unión con Dios.

Complemento de estas enseñanzas acerca de la unión con la omnipotencia divina es otro sentimiento que describe por estas palabras:

«Otra vez andando mirando en la presencia de Dios «ubique», entendí que ando en Dios como dentro de una casa...»

«En esta casa hallaba yo tres particulares moradas (sumpta occa-

---

(1) *Obras póstumas*, págs. 49-52.

sione ex illo: In domo Patris mei mansiones multae sunt): 1.<sup>a</sup> mansión o morada es de la omnipotencia de Dios, la cual es riquísima, en ella descubre Dios lo que puede y lo que los suyos pueden con él, con experiencias inefables; la puerta para entrar es la confianza: Introibo in potentias Domini. La 2.<sup>a</sup> [morada] es de la sabiduría de Dios, en la cual ilustra, enseña y descubre admirables cosas de sus atributos, obras y juicios: la puerta es la humildad: Revelasti ea parvulis. La 3.<sup>a</sup> es de la bondad y caridad de Dios infinita, en la cual inflama, enciende, une, transforma y da a gustar y conocer por el gusto infinitas misericordias: la puerta es obediencia. De iis in Canticis: Introduxit me Rex in cellaria.» (1).

Para acabar de conocer lo que acerca de la divina unión había experimentado el Venerable P. Luis de la Puente, cuando escribió sus *Sentimientos*, copiemos todavía algunas líneas que directamente lo exponen. *Unión con Dios y contemplación*, es el título de una de las adiciones que van en la segunda mitad del precioso cuadernito, y bajo ese título se leen estas enseñanzas:

«Tres modos de unión tiene Dios con sus amigos: 1.<sup>a</sup>, es natural, por esencia, presencia y potencia; con ésta andan todos los bienes naturales; 2.<sup>a</sup>, es sobrenatural, por gracia y caridad; de ésta nacen todos los bienes sobrenaturales ordinarios; 3.<sup>a</sup>, es supersupernaturalis, por especial vínculo de amor y familiaridad, de la que nacen los bienes y favores extraordinarios; ésta es propia de los muy amigos.

»Una vez sentí muchos júbilos interiores con sola la esperanza de subir a esta unión. Y, imaginábala yo de esta manera: que se levanta el ánima sobre toda la tierra y cielos, y sobre todo lo criado, hasta unirse con Dios en una altura sobrenatural, en la cual puesta, despreciaba todos los bienes de la tierra, haciendas, honras, dignidades, noblezas, y cuanto el mundo aprecia; y en ésta hallaba hartura; porque los dones de Dios por sí no hartan, hasta que con ellos se alcanza la unión con Dios, con la cual se posee al mismo Dios, dador de todos los bienes. Y desta altura me pareció decir David: Vigilavi et factus sum sicut passer solitarius in tecto» (2).

Siguen unas palabras muy instructivas sobre los diferentes modos con que se puede subir a esta divina unión.

«A esta altura y techo, suben las aves volando, breviter et sine labore; las lagartijas suben trepando con las manos: stellio manibus nititur et moratur in aedibus regis; los hombres suben rodeando por escaleras con trabajo y tardanza; alguna cosa podría subir arrojada

(1) *Obras póstumas*, págs. 82 y 83.

(2) *Obras póstumas*, pág. 72.



por otro, con algún ímpetu, como sube la saeta. Así hay cuatro maneras para subir a esta altura y unión con Dios, por las cuales una alma, en diferentes tiempos, puede subir: 1.º, por discursos, como hombres, subiendo por las escaleras de las criaturas y de las obras de Dios; 2.º, como lagartija, por ejercicios y obras de obediencia, de penitencia y de misericordia con los prójimos; 3.º, como ave, por fervorosos afectos, fundados en la simple inteligencia de los atributos de Dios y beneficios suyos; 4.º, sed raro: per raptum, sicut Paulus: Raptus sum in paradisum».

Tales, si no me engaño, son los pasajes más interesantes de los *Sentimientos*, para conocer, o rastrear al menos, lo que de la ciencia mística alcanzó por experiencia propia el Venerable P. Luis de la Puente. Dejando para lugar más oportuno algunas observaciones secundarias, las principales que aquí conviene recoger, son las siguientes:

1.ª El P. La Puente reconoce en sí el sentimiento de la presencia de Dios, y de una manera análoga el sentimiento de la presencia de Cristo nuestro Señor en la Eucaristía. Un modo particular de este sentimiento de la presencia de Dios, es sentirse a sí mismo dentro de Dios, y al mismo tiempo sentir a Dios dentro de sí.

2.ª Sentimiento experimental—como sensible y sabroso—de los diferentes atributos divinos: de la omnipotencia, liberalidad, sabiduría, justicia...

3.ª Sentimiento de la unión con Dios: diferencia entre sentir la omnipotencia divina y sentir la unión con la omnipotencia divina. Tres moradas en que se goza de esta unión: 1.ª, de la omnipotencia; 2.ª, de la sabiduría; 3.ª, de la bondad.

Con este conocimiento que de la vida íntima del autor nos dan los *Sentimientos*, estamos en disposición de apreciar mejor la doctrina mística de sus demás libros. Como núcleo de esa doctrina, podemos considerar la exposición metódica que se hace en la *Guía espiritual*; en torno de ella agruparemos las ideas esparcidas por las *Meditaciones*, la *Vida del P. Baltasar Alvarez*, la de *Doña Marina Escobar* y la *Exposición del Cantar de los Cantares*.

C. M.ª ABAD.